

“LA CUEVA DE LAS MARAVILLAS”: UNA LEYENDA DESCONOCIDA DE AUGUSTO FERRAN

Jesús Rubio*

Universidad de Zaragoza

La fortuna de la obra literaria de Augusto Ferran va estrecha e inevitablemente unida a la de Gustavo Adolfo Bécquer y ha sido en buena parte para conocer mejor la vida y obra de éste por lo que se ha estudiado. Fueron buenos amigos desde 1860 hasta la muerte del poeta sevillano en 1870, siendo después Ferrán quien más se preocupó por la publicación de sus *Rimas*. Y, como es sabido, tuvo la suerte de que Gustavo Adolfo comentara extensamente su libro *La soledad*, convirtiéndose la reseña en uno de los textos más importantes de la poética becqueriana¹.

Muchos son los puntos oscuros de la biografía de Ferrán y su obra yace en parte desperdigada por las publicaciones periódicas aunque se le han dedicado algunos estudios notables². Manuela Cubero ordena y aquilata lo conocido y sugiere algunas de las parcelas que deben ser más investigadas. Entre ellas, su estancia en Alcoy como redactor único de un periódico fundado por el librero Martí, según el testimonio de Julio Nombela³. Ferrán permaneció en Alcoy “tres o cuatro años, si no recuerdo mal”, dirá Nombela y el periódico en cuestión pudo ser *El Parte Diario*, dato que no ha sido confirmado al no hallarse ejemplares del mismo. Los años pudieron ser de 1865 a 1869, ya que en 1866 apareció “La fuente de Montal, leyenda alcoyana” en *El Museo de las Familias* y hacia 1869 existen testimonios de que vivía en Madrid⁴.

* RUBIO, Jesús: Dr. en Filología Hispánica. Depto. de Filología Española, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Zaragoza; 50009 Zaragoza. Recibido el 29-3-90.

¹ Fue publicada primero —sin firma— en *El contemporáneo* (20-11861) y recogida por Ferrán como prólogo a la segunda edición de *La soledad*, cuando ésta apareció en el tomo titulado *La pereza* (1871). Véase, G. W. Ribbans, “Augusto Ferrán, el mejor amigo de Bécquer”, *Insula*, 112, abril de 1955.

² En especial, Manuela Cubero Sanz, *Vida y obra de Augusto Ferrán*, Madrid, C.S.I.C., 1965. Y la edición de sus *Obras completas* (Madrid, Espasa-Calpe, col. Clásicos Castellanos, 164, 1969) realizada por J. P. Díaz. Parte del volumen titulado *Obras completas* (Madrid, La España Moderna, 1893), más algunos apéndices. Incomprensiblemente, sin embargo, no incluye “La fuente de Montal, leyenda alcoyana”, porque su texto le parece poco interesante y “que no agrega ningún valor a la obra de nuestro poeta” (p. LII).

³ M. Cubero, *ob cit.*, pp. 37-38.

⁴ “La Fuente de Montal. Leyenda Alcoyana”, *Museo de las Familias*, tomo XXIV, 1866, pp. 163-164, 179-193. La incluye M. Cubero, pp. 263-274.

La leyenda que aquí recuperamos confirma que en 1866 ya se encontraba en Alcoy, donde debió recogerla en tradición oral. Una vez elaborada literariamente la publicó en *El globo ilustrado*, de Madrid, con el título de: “La cueva de las maravillas. Leyenda”⁵.

Es bastante similar en sus planteamientos a las dos leyendas de Ferrán ya conocidas: “El puñal” y “La fuente de Montal”⁶. Las tres son resultado de sus viajes. “El puñal” de su estancia en Tarazona, Vera y Veruela⁷. Las otras dos en Alcoy.

“El puñal” es una *tradición* recogida junto al mismo monasterio de Veruela, iniciándose con una ambientación que recuerda no poco los paseos vespertinos de Bécquer contados en *Desde mi celda*. Tras narrar la fundación milagrosa del cenobio, transcribe la leyenda, puesta en boca de un lugareño y que tiene lugar mientras se edificaba el monasterio: un herrero empleado en su construcción, se enamora de una rica y bella judía de Trasmoz, que le desdeña. Ante la imposibilidad de conseguirla, fabrica un puñal para asesinarla. En las soledades de su locura le habla a éste, prometiéndole que le dará a beber sangre... Finalmente, al no poder llevar a cabo su venganza, decide matarse él mismo con el puñal, que absorbe toda la sangre que brota de su herida.

“La fuente de Montal” narra la historia de un crimen que se descubre pasados los años, maravillosamente: nace una fuente en el lugar donde fue enterrada una joven, asesinada por el Señor de Margall, que no pudo conseguir que se aviniera a sus deseos. Un día, de la fuente sale una cinta de la joven asesinada con “letras de sangre~ que acusan al asesino.

Y “La cueva de las maravillas”, en fin, se desarrolla en torno a otro lugar alcoyano: una cueva de uno de los serrijones cercanos a la población, a la que da nombre y en la que, al ser expulsados, los árabes dejaron oculto un tesoro. En aquellas tierras vivía Diego El Cazador, que se enamoró de la esquiwa Isabel, hija de un rico señor. Para poder casarse con ella marchó a Valencia a hacer fortuna, dejando abandonadas a su madre y a su hermana. Pero hecho prisionero por los piratas da con su cuerpo en Africa, donde un tiempo después se le ofrece la posibilidad de recuperar su libertad si, bajo juramento, acude a la cueva, recupera el tesoro y retorna. Diego acepta. Viaja a la cueva, pero allí —es una noche tempestuosa y siniestra— su imaginación, muy excitada por la situación, le hace perder el control de sus actos. Las sombras y las piedras se le antojan seres fantasmales y monstruosos, oye voces amenazadoras. Sale

⁵ Augusto Ferrán, “La cueva de las maravillas. Leyenda”, *El globo ilustrado*, 4 (1866), pp. 589-590; 5 (1866), pp. 67 y 70. *El globo ilustrado* se publicaba en Madrid y hemos podido ver 27 números o entregas. Publicaba dos al mes, de 16 pp., 8 de grabados y otras 8 de texto. La suscripción podía hacerse en el establecimiento tipográfico del Banco Industrial o en las librerías; o mediante tarjeta dirigida a F. de P. Mellado. En su número 3 (p. 34) se indica que tienen como base una publicación francesa similar. Y de su número inicial puede extraerse su programa y pretensiones: “Hace mucho tiempo que deseamos publicar en España un periódico semejante a los que con el título de Ilustración se publican en todos los países europeos...”.

Es decir, periódicos ilustrados, de tamaño folio marquilla, que buscaban un público amplio y para ello ofrecían contenidos misceláneos, atendiendo a las ciencias, las artes y las letras. Colaboraron: Dionisio Chaulié (editor responsable), Antonio Arnao, E. Barrera, Antonio Pirala, Antonio Ferrer del Río o Salvador Costanzo.

⁶ “El puñal” fue publicada en *El Museo Universal*, tomo VII, 1863, pp. 126-127.

⁷ M. Cubero, *ob. cit.*, p. 18 da por hecho que viajó a Veruela en 1861 por indicación de Bécquer, que habría estado allí no hacía mucho. Ninguno de los dos viajes, sin embargo, se halla bien documentado. “El puñal”, con todo, comienza: “Hace ya algunos años, durante mi corta estancia en Vera...”.

huyendo despavorido. El terror sigue creciendo en él hasta que cae muerto. Hallado el tesoro es entregado a su madre y hermana, que ven así recompensada su espera y recibiendo desde entonces la cueva el nombre de "La cueva de las maravillas". Ferrán concluye con esta moraleja:

Dios es grande, incomprendible, infinito, así en sus castigos como en sus recompensas; premia temprano o tarde la virtud, la humanidad, la resignación; castiga siempre, a veces de una manera sobrenatural, el orgullo, la altivez, la inconstancia, y nunca otorga su perdón al hijo que abandona a su desvalida madre. Dios es grande y justo: Dios no desampara al que vive resignado a su suerte.

La tendencia moralizadora, que ya ha sido censurada como uno de los elementos que atrofian "La fuente de Montal" y aun "El puñal" termina por anular las posibilidades narrativas, orientando todos los datos del relato a la moraleja final.

Si en "El puñal" Ferrán había logrado crear una sensación de un ansia cuyo objeto no sabía precisar —como ocurre en tantos otros textos becquerianos— en estas otras leyendas desaparece en buena parte la incertidumbre y la actitud contemplativa romántica de sus párrafos iniciales, se reduce a mero pintoresquismo. Por contra, lo truculento que ya se apuntaba allí (el herrero obsesionado con su puñal) se acentúa.

Las tres tienen en común aspectos como su carácter trágico, narrando en cada caso la historia de una relación amorosa imposible por diversas causas: la diferencia de condición social en "El puñal" y en "La cueva de las maravillas", la pasión lujuriosa irrefrenable en el otro texto. Sus tres protagonistas masculinos mueren violentamente, castigados por la providencia por extralimitarse en sus pretensiones. Una providencia que actúa de modo justiciero y recurre al milagro para castigar los excesos cometidos.

Ferrán utiliza recursos truculentos para conseguir el espanto y el terror apetecido, pero lo que no logra es crear una atmósfera terrorífica ni una vivencia interiorizada del terror. En este sentido, es más deudor de los relatos terroríficos anteriores, que de los nuevos modos que estaban creando Poe o, en España, Bécquer.

Ferrán apela a la imaginación, a la del lector para que le acompañe en su narración, a la de los personajes como facultad que genera en ellos imágenes inquietantes y aterradoras. La locura hace su aparición en "El puñal" y en cierto modo en "La cueva de las maravillas", pero falta la gradación necesaria para convertirla en inquietante.

Los ingredientes fantásticos, pues, no faltan, tanto en la dirección efectista tradicional —lo truculento, lo sobrenatural— como otros que apuntan en direcciones más modernas como el proceso interior hacia la locura o la imaginación que se convierte en facultad incontrolable. Es su proporción lo que tal vez no consiguió equilibrar.

"La cueva de las maravillas" es una prueba más de las limitaciones de la prosa de Ferrán. Vinculado el texto al tipo de leyendas cuyo origen se halla vinculado a la explicación de topónimos, gira en torno a uno de los espacios más propensos a excitar la imaginación de los que ofrece la naturaleza y hacia los que mostró una mayor propensión la literatura romántica: las cuevas. Las imágenes de las cavernas están en general lastradas de cierta ambivalencia, pero en general sus atributos primeros

parecen ser los de la oscuridad, el ruido y los maleficios. En toda gruta maravillosa subsiste siempre algo de la caverna de terror, según Bachelard o Durand⁸. En la tradición española, además, se asocian con frecuencia a hechos supuestamente ocurridos en tiempos de los árabes o a tesoros, con lo que la leyenda en su conjunto se presenta como un conglomerado de temas y motivos muy comunes⁹.

El propio Bécquer utilizó estos mismos escenarios en alguna de sus leyendas —“La cueva de la mora”— o sintió incentivada su imaginación por tradiciones que relacionaban moros y tesoros ocultos¹⁰. Las diferencias las marcaron la diferente sensibilidad y la elaboración literaria dada a las leyendas recopiladas.

Estas leyendas de Ferrán no son textos excepcionales, aunque contribuyen a perfilar mejor el clima becqueriano; en el caso de la aquí recuperada para el escaso acervo de las de Ferrán, añade, además, un nuevo dato para completar su confusa biografía. Acaso no esté de más juzgarlas con cierta benevolencia, la que él mismo pide en “La fuente de Montal”:

Antes de entrar en materia sólo quiero rogaros que seáis indulgentes y me perdonéis si mi pobre y desaliñado relato no responde al asunto; escribir leyendas es más difícil de lo que parece, si han de recordar siquiera el estilo sencillo y brillante a la par que emplea el pueblo en sus poéticas y melancólicas tradiciones: el pueblo que es el verdadero poeta¹¹.

Tan difícil era conseguir un estilo popular genuino, como remontarse a las alturas becquerianas. Augusto Ferrán bracea y se debate por conseguirlo. Pero la verdad es que Bécquer había puesto ya el listón demasiado alto.

8 G. Durand, *Las Estructuras antropológicas de los imaginario*, Madrid, Taurus, 1982, en especial, pp. 229-230.

9 Para una aproximación al complejo mundo de las leyendas, véanse: Vicente García de Diego, *Antología de leyendas de la literatura universal*, Barcelona, Editorial Labor, 1953, 2 vols. Y ahora, las actas del coloquio franco-español: *La légende. Anthropologie, histoire, littérature*, Madrid, Casa de Velázquez-Universidad Complutense, 1989. Ambas con extensa bibliografía.

10 Véase, D. Gamallo Fierros, *Del olvido en el ángulo oscuro... Páginas abandonadas de Gustavo Adolfo Bécquer. Con ensayo biográfico, apéndice y notas*, Madrid, Editorial Valera, 1946, en especial, las pp. dedicadas al estudio del texto “Un tesoro”.

11 *Ed. cit.*, p. 264.